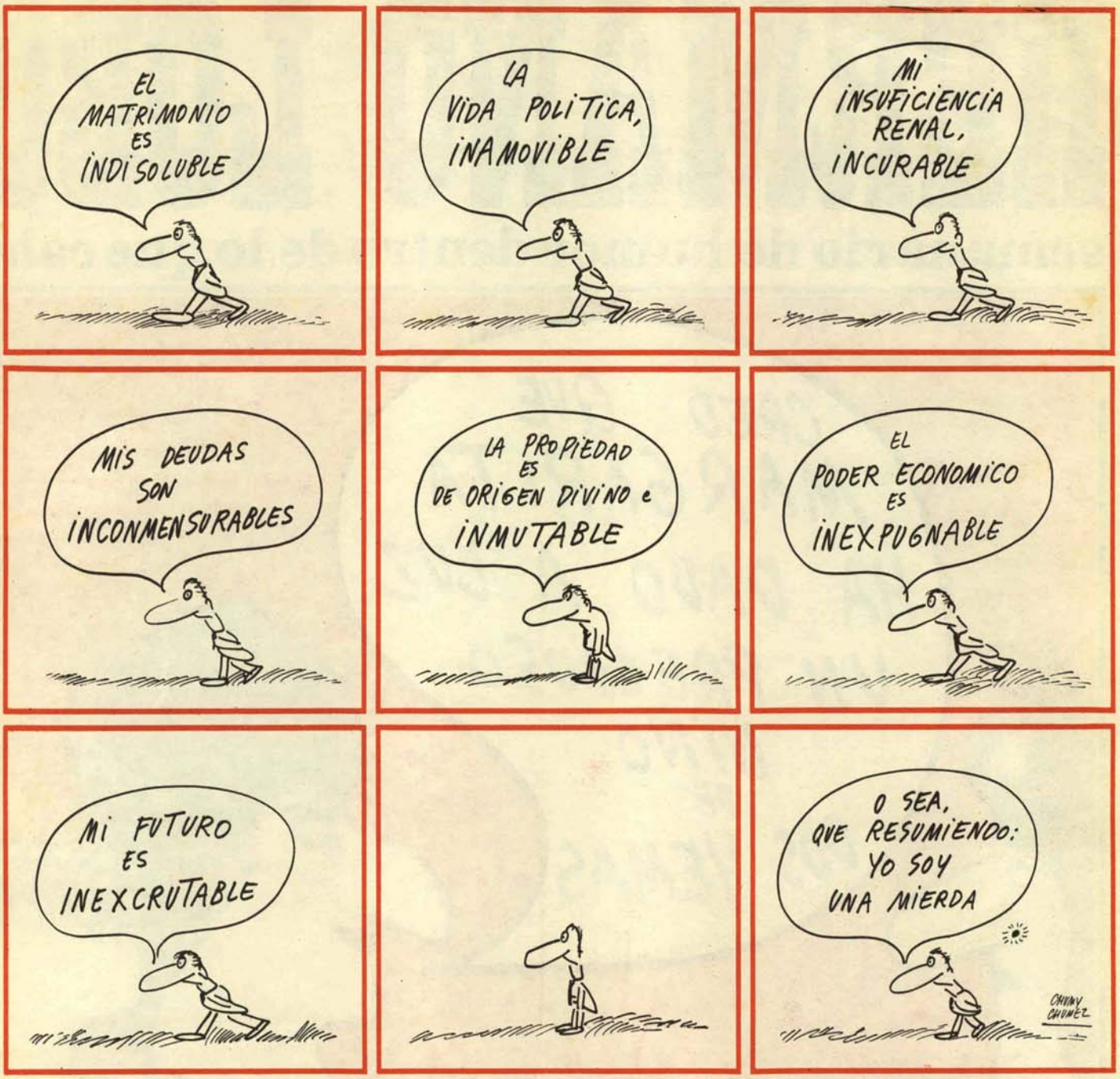
MONOLOGOS DE ESPAÑOLITOS



Leche condensada

PARA ser un político de fuste hay que tener un apellido de dos sílabas, que correspondan al «un-dos» de marcar el paso. De haber conservado el padre de Hitler su nombre primigenio de Schicklgruber, Hitler no habría llegado a chófer de masas. Mussolini salvó el trago gracias a un «duce» oportuno. Y ventajas así tuvo Perón en su día, y Nixon hasta que lo arrastraron la cadena y el chorro del Water ése; y otros cuantos. Porque, ¿qué muchedumbre va a gritar con fervor y repitiéndolo «Martínez Esteruelas»? Y no cabe que clamaran «Cruz, Cruz», o, en el caso de Cabanillas, «Pío, Pío», que ambas exclamaciones llamarían a engaño, penitencial o avícola.

En el carrascal ibérico pudieron ser algo Gi-rón, Fra-ga y Pi-ñar, los tres algo quemados y en desuso.

• • •

EN España —ese lujo al alcance de diez o doce de parecida cuerda— el autor de libros, más que escribir para el público, escribe para el privado. Ya no es llorar, como en los tiempos de Larra; es sufrir un asma crónica en despoblado, y un día morirse y que le den morcilla a ya saben quien. Y encima, el escritor de por acá, de la Reserva, tiene que saber ¡asta hortografía el tío!

• • •

BUENO será el día en que se inventen los calzoncillos políticos, igual que se inventaron otrora las camisas. Y si las camisas cubren la honestidad y reciedumbre del pecho, los calzoncillos cubrirían otros atributos de los que el hombre suele mostrarse orgulloso. Los calzoncillos podrían ser emblemas de una actividad secreta, donde difícilmente se infiltrarían los enanos. Y los progres llevarían brass-lip, mientras los reaccionarios se pondrían unos largos de felpa, enraizados en la más rancia tradición de nuestra recia estirpe. Y estarían más calentitos.

AZPIRI